

Contemporánea

**GABRIEL ZAID**

**De los libros  
al poder**



DEBOLSILLO



## Índice

CUBIERTA  
INTRODUCCIÓN  
LA TRIBU INVISIBLE  
DE LOS LIBROS AL PODER  
SABER PARA SUBIR  
LA GUERRILLA UNIVERSITARIA  
SOBRE LOS TÍTULOS PROFESIONALES COMO CAPITAL  
CURRICULAR  
IMPRESA Y VIDA PÚBLICA  
INTELECTUALES  
COLEGAS Y COLEGOS  
LOS UNIVERSITARIOS EN EL PODER  
BONAPARTISMO UNIVERSITARIO  
DE CÓMO EL RADICALISMO AUMENTA CON LOS IN-  
GRESOS  
DE CÓMO VINO MARX Y DE CÓMO SE FUE  
CONECTAR LECTURAS Y EXPERIENCIAS  
TOLERANCIA ACADÉMICA  
UNA MEGALOMANÍA  
HISTORIA DE UN ESCRITORIO  
LA GUERRILLA COMO ESPECTÁCULO  
NICARAGUA: EL ENIGMA DE LAS ELECCIONES  
COLEGAS ENEMIGOS: UNA LECTURA DE LA TRAGE-  
DIA SALVADOREÑA  
LA SANGRE DE LOS OTROS  
CÓMO TERMINAN LAS INSURRECCIONES  
NOTA BIBLIOGRÁFICA  
CRÉDITOS  
ACERCA DE RANDOM HOUSE MONDADORI

## INTRODUCCIÓN

Se ha despreciado a los hombres de libros como gente sin sentido práctico. A su vez, los hombres de libros han despreciado a los que viven sumergidos en la práctica, sin remontarse más allá. Con esos antecedentes, no sería de esperarse que los libros fuesen una vía al poder. Sin embargo, a mediados del siglo xx, sucedió en México: la oligarquía revolucionaria fue desplazada por una oligarquía universitaria.

Que los libros preparen para dirigir no es algo puramente mexicano. Tiene una larga historia universal, que empieza con el alfabeto y la teoría; con el mutuo desprecio entre los teóricos y los prácticos, que en Tales de Mileto llegó a extremos refinados. Alguna vez, por estudiar los cielos, cayó en un pozo y se burlaron de él: Sabrás mucho del cielo, pero ignoras la tierra. La venganza de Tales consistió en aplicar sus conocimientos del cielo para ganar dinero en una cosecha, arrojarles el éxito a la cara y seguir en lo suyo: me dedico a estudiar porque me gusta, no porque sea menos capaz. Ese desplante de superioridad fue convertido por Platón en un modelo universal: la gente de libros es tan superior que debería mandar.

Desde que aparece la práctica de hacer teorías, hay cierta confusión inevitable: es una actividad práctica y teórica al mismo tiempo. Así como alguna vez, entre tantas cosas del mundo, apareció el espejo (quizás en el agua quieta) y luego se construyeron espejos y hasta hubo especialistas en la construcción especulativa, la teoría apareció en el seno de la práctica y luego hubo teóricos (poetas, pintores, filóso-

fos, científicos) que se especializaron en construir esas nuevas realidades dobles o triples que se pueden ver en un libro, que distraen y que confunden.

Para ver con atención el escrito de una novela (la tipografía, el vocabulario, la construcción de escenas, el ritmo de la prosa), hay que distraerse del bulto físico del libro y del relato. Para ver lo que está pasando en el relato, hay que distraerse del escrito, ya no se diga del bulto. Para ver el bulto, hay que dejar de ver las otras realidades. Igual sucede en un espejo de agua: o vemos reflejada la imagen del mundo, o vemos el mundo que está en el fondo del agua, o vemos el espejo como espejo (por ejemplo, cuando rizado por la brisa deja de reflejar). No es fácil ver una realidad sin perder de vista las otras.

La aparición del espejo, del alfabeto y de todas las cosas en las cuales conviven realidades distintas (las obras de arte, la persona del rey, los sacramentos), se presta a confusiones, complicadas por la división del trabajo. De ahí vienen los desprecios entre los teóricos y los prácticos. De ahí vienen los espejismos entre el saber y el poder.

Un espejero puede sentirse Dios: más que un labriego, más que un alfarero, más que el rey. No maneja el barro, los campos o el reino: maneja el mundo (en el espejo). También el alfarero puede sentirse Dios: si, en vez de hacer vasijas, se vuelve un espejero y hace Adanes de barro. También el rey puede sentirse Dios, creador y juez del mundo en el espejo del poder.

Se trata de espejismos, pero los efectos son prácticos. La sociedad puede compartirllos y respetar al rey como si fuera Dios. Ni Platón ni Confucio se dejaron arrastrar por esta

confusión: no pudieron creer que Dios hiciera tantas burradas. Pero se dejaron arrastrar por una confusión intelectual: creyeron que la práctica sale (o debe salir) de la teoría; que el buen gobierno sale del buen proyecto; que la perfección reside en la teoría y que, por lo tanto, los perfectos (es decir: los teóricos) deben dirigir. Este espejismo de espejeros lo comparte hoy gran parte de la sociedad: rechazaría a un presidente que pretendiera serlo por mandato de Dios, pero considera razonable que alguien pretenda el poder práctico porque representa las mejores ideas. Como si las ideas tuvieran mandatarios: enviaran desde el cielo a sus representantes, con plenos poderes para gobernar la tierra.

Ser mandatarios del cielo, en ambos casos, parece más legítimo que recibir un mandato de los ignorantes. Así como la voluntad de Dios no puede someterse a votación, el Teorema de Pitágoras no puede estar sujeto a que lo apruebe la mayoría. Por el contrario, la mayoría debe estar sujeta al cielo y a sus representantes en la tierra. Y esto lo aceptan hasta los que creen representar una idea opuesta (la buena), como si todo fuera cuestión de llevar al poder las mejores ideas, las mejores teorías, los mejores planes; naturalmente, ejecutados por gente muy honesta y muy capaz.

Mucha gente preparada cree que el poder debe estar reservado a la gente preparada, aunque haga una burrada tras otra. No puede creer que un campesino (que le deba el poder a su comunidad y le tenga que rendir cuentas) gobernará mejor que un licenciado (que le deba el poder a su sinodal y no le rinda cuentas a nadie). Para mucha gente preparada es inconcebible someterse al voto de la gente

menos preparada. Hasta le parece un peligro: son tan primitivos, tan manipulables, que fácilmente votarían por Hitler. Por su propio bien, es mejor que todo siga en manos de la oligarquía universitaria: la gente que no le debe el poder a los votantes sino a otros universitarios, capaces de apreciar sus ideas avanzadas, sus méritos curriculares.

Tardé mucho en descubrir que yo era parte de esa oligarquía. Los espejeros quisiéramos creer que no tenemos intereses particulares (sociales, políticos, económicos) relacionados con la construcción de espejos: únicamente intereses superiores (la Verdad, el Arte, el Pueblo, la Historia, el Progreso). Tenemos ambos. Y, para conciliarlos, es mejor distinguirlos.

## LA TRIBU INVISIBLE

A través de viajes, películas, revistas de geografía, libros de historia y antropología, nos asombra la riqueza del mundo, la variedad de la aventura humana. No hay esa variedad detrás de las cámaras. Los turistas, antropólogos, fotógrafos, camarógrafos; sus aviones, hoteles, pasaportes, equipos y maletas son iguales en todo el mundo. Mientras las culturas tradicionales conservan su diversidad (varían en el espacio más que en el tiempo), la cultura del progreso va cambiando de uniformidad (varía en el tiempo más que en el espacio).

Desde 1606, misioneros, antropólogos, turistas, ingenieros, médicos, sociólogos, economistas, políticos y comerciantes han llevado el progreso a los tarahumaras. ¿Y qué ha cambiado en cuatro siglos? No el atraso de los tarahumaras, sino el progreso de los visitantes: las ideas, gustos, costumbres, ropa y aparatos que han tratado de imponer. En 1606, el progreso consistía en ser bautizados, usar ropa española de la época, jurar fidelidad a Felipe III. Todo lo cual, naturalmente, ya no era un progreso cuando llegó el credo liberal, la ropa del siglo XIX, la fidelidad a la república. Todo lo cual, naturalmente...

Al paso de los siglos, mientras el progreso se volvía atraso, y los visitantes, redentores, opresores, investigadores, iban cambiando de ideas, de ropa, de aparatos, los tarahumaras no cambiaron mucho. Persisten en su ser tradicional, hasta cuando asimilan elementos de la cultura del progreso y los convierten en cultura tradicional. Han sido despojados de tierras y de bosques, han tenido que replegarse a la sie-

rra más inaccesible, pero se han resistido a desechar lo que son, para adoptar lo último que hay que ser.

El progreso consiste en ser monárquico (hasta que se vuelve obsoleto), liberal (hasta que se vuelve obsoleto), marxista (hasta que se vuelve obsoleto). El progreso consiste en dejar la leche materna para adoptar la leche en polvo; y luego, con los avances más recientes, desechar la leche en polvo, para volver al pecho materno, que es hoy lo último de lo último.

Con tanta experiencia, no es extraño que los tarahumaras se diviertan contando historias de las tribus modernas que llegan a visitarlos. Una vez, al descender de su avioneta en Nogorochi, los visitantes se llevaron la sorpresa de verse acosados por una cámara tarahumara. En otra ocasión, un pueblo célebre por sus ceremonias religiosas fue encontrado vacío: los indios se habían ido a celebrarlas a otra parte. La tribu se había vuelto invisible, como un espejo de la tribu visitante.

Curiosamente, la tribu del progreso no suele reconocerse como tribu. Ni siquiera cuando llega vestida de turista y cargada de aparatos folclóricos. No se ve en el espejo de la curiosidad que despierta su llegada. La tribu tradicional sale a ver el espectáculo de las cámaras visitantes, que filman ante el espejo su propia entrada aparatosa al pueblo. Ignoran lo que dijo Machado.

El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas,  
es ojo porque te ve.

Hay en esto una especie de justicia poética contra Hegel, para el cual las culturas indígenas desaparecerán, porque

no alcanzaron la conciencia de sí, porque no entraron a la historia universal sino por la visita de las cámaras, porque no llegaron al Espíritu sino cuando el Espíritu llegó para dominarlos, redimirlos, comprenderlos, fotografiarlos.

Irónicamente, la tribu del Espíritu no tiene mucha conciencia de sí: se cree un absoluto, un ojo invisible porque ve. No se asume como objeto, sino como Espíritu que habita una eminencia donde es puro sujeto que contempla y domina todo lo demás. El objeto es el otro: en las relaciones del fotógrafo y su modelo, el investigador y su tema, el amo y el esclavo, el redentor y el redimido.

¿Dónde habita realmente la tribu del Espíritu? Hegel creía que en Alemania. Que la historia universal de la conciencia de sí culminaba en la cristiandad reformada, ilustrada, revolucionaria y, finalmente, reconciliada en el moderno Estado de derecho alemán. Para hacer menos nacionalista este concepto, se ha hablado de Europa y, más vagamente aún, de Occidente.

Según esto, la adscripción es geográfica: hay países o regiones donde la humanidad culmina, donde encarna el progreso. Todos los demás son atrasados y no pueden progresar por sí mismos, a su propio ritmo, a su manera. Tienen que adoptar el ritmo y la manera de los avanzados, bajo la presión de su avance: por espontánea emulación o por su ayuda o su dominación.

En otras versiones, la adscripción no es territorial sino religiosa (superioridad del cristianismo), racial (superioridad de los blancos), de clase (superioridad del proletariado frente a la burguesía, ya no se diga frente a los campesinos). Todos los demás son atrasados, cuando no perversos.

A veces, la adscripción es generosa: promueve que los perversos se transformen en conversos, revestidos (o disfrazados) del hombre nuevo. A veces, los que deben llegar a ser lo que no son (cristianos, blancos, proletarios) tratan de parecerlo, no sin angustias y hasta persecuciones (por renegar de lo que eran, o porque todavía lo son).

Pero ¿dónde está Marx, cuando contempla la historia universal y el triunfo del proletariado? En la biblioteca del British Museum. Y ¿dónde Hegel, cuando dicta su *Filosofía de la historia* y, en los últimos párrafos, declara: "Los que saben deberían gobernar"? En la Universidad de Berlín. Y ¿Platón, cuando lo dice por primera vez en *La república*? En la Academia. O, si se quiere, en el *Topos uranios*: en el mundo de las ideas, que es donde habita la tribu del Espíritu, donde tiene sus fuentes de legitimidad, donde está claro que es la tribu elegida para imponerse a todas las demás.

No son los arios, ni los proletarios, ni los cristianos, ni los occidentales, los que imponen su ser, como modelo culminante de la humanidad: son los universitarios, la gente de libros. Platón se sonroja, titubea, pero finalmente dice que la humanidad debe ser como Platón. En la república platónica de Paraguay, en la Sierra Tarahumara, en China, los jesuitas tratan de abrir el cristianismo a todas las culturas; y, con toda generosidad, prodigan su propio ser: sienten que no hay mayor oportunidad para un indio que dejar de serlo y convertirse en jesuita. En las repúblicas modernas, con toda generosidad, sentimos lo mismo: no hay mayor oportunidad para un indio, campesino, artesano, obrero, que dejar su ser y adoptar el nuestro: volverse universitario.

El paradigma cambia del universitario clerical al militar al civil; del teólogo sujeto a la obediencia dogmática, al crítico independiente, al intelectual orgánico; del profesionista libre al especialista asalariado en la universidad o en la administración pública o privada; pero siempre es universitario.

Los universitarios no somos los primeros privilegiados de la historia, pero sí los primeros en prosperar en nombre del saber, con paradójicos problemas de “conciencia de clase”: nos resistimos a saber lo que somos, y lo somos por el saber.

Quizá por eso, contradictoriamente, no se hacen muchos estudios sobre la economía de hacer estudios económicos; ni mucho psicoanálisis sobre la vocación psicoanalítica; ni mucha antropología de los antropólogos; ni mucha dialéctica de los intereses reales que hay en producir dialéctica o encabezar revoluciones. Damos por supuesto que somos una bendición para la humanidad, y hasta nos parece de mal gusto examinar nuestros intereses particulares. Lo natural es que los reflectores se dirijan a lo otro: lo mucho que necesita examen, esclarecimiento, dirección, ayuda, por su propio bien.

En su *Escrito contra Marx* (1872), Bakunin habló de una nueva clase: “En el Estado popular del señor Marx, se nos dice, no habrá clase alguna privilegiada [...] sino un gobierno y, obsérvese bien, un gobierno excesivamente complicado, que no se contentará con gobernar y administrar a las masas políticamente, como lo hacen ahora todos los gobiernos, sino también económicamente, concentrando en sus manos la producción [...] lo cual exigirá una ciencia in-

mensa y muchas cabezas desbordantes de cerebro [...] Será el reino de la inteligencia científica: el más aristocrático, despótico, arrogante y despectivo de todos los regímenes. Habrá una nueva clase, una nueva jerarquía de sabios (reales y ficticios), y el mundo se dividirá en una minoría dominante en nombre del saber y una inmensa mayoría ignorante.”

Quizá por esta anticipación, se esperaba a la nueva clase en el gobierno. Rizzi (*La burocratización del mundo*, 1939) señaló su aparición en el régimen soviético. Djilas (*La nueva clase*, 1957) en el yugoslavo. Y no ha faltado quien la vea hasta en el sector público de los Estados Unidos (Kristol, *Two cheers for Capitalism*, 1978). Pero no suele verse en la General Motors, a pesar de Burnham (*The managerial revolution*, 1941). Ni en las trasnacionales piadosas, como la UNESCO. Ni en las burocracias religiosas, científicas y académicas. Ni en las guerrillas, supuestamente campesinas. Ni, para acabar pronto, en esa “minoría dominante en nombre del saber” que se fue apoderando de todo, a lo largo del siglo xx: la tribu universitaria.

El ascenso puede observarse a través de fenómenos hoy tan comunes que se olvida hasta qué punto son novedades históricas:

1. La proliferación de empresas, partidos, sindicatos, universidades, organismos internacionales y, desde luego, Estados, ejércitos, iglesias, de un tamaño antes desconocido: una fauna aplastante que se disputa y reparte la tierra. El apogeo de los organisaurios coincide con la evolución de su cerebro, cada vez más escolarizado.
2. La multiplicación de jefes subordinados. Hasta hace relativamente poco, la mayor parte de la población tra-

bajaba por su cuenta o para un jefe que trabajaba por su cuenta. Hoy predomina el trabajo subordinado a jefes subordinados. Subordinación jerarquizada con criterios curriculares.

3. El mundo del empleo y el ascenso (antes tan raro que parecía enfermizo, que provocaba el mote de "empleomanía" para los aspirantes a un empleo) se volvió la norma de toda actividad, y hasta un ideal de vida: la producción obediente, especializada, asalariada, protegida, en grandes organismos que ofrecen carreras trepadoras.
4. La importancia del saber (o del supuesto saber) en todas las actividades; el papel central de la acreditación escolar como base para hacer un capital curricular; la explosión universitaria: la generación de millones de licenciaturas al año en todo el planeta, cuando hasta hace poco no había ni un millón de universitarios en todo el planeta.
5. La aparición de un capitalismo curricular: la acumulación de méritos, logros, experiencia, renombre, habilidades, saberes, acreditaciones y, en particular, títulos universitarios cuya propiedad produce rentas, privilegios, oportunidades.
6. La aparición de un vulgo universitario, que repite palabras rimbombantes, ideas de moda, actitudes supuestamente avanzadas, elitismos vulgares, para anunciar su conformismo: para quedar del lado bueno, y no ser excluidos de la tribu elegida, cuya misión es dirigir.

La eminencia del sujeto absoluto (en las alturas teóricas del *Topos uranios*, en las torres de marfil, en los aviones, rascacielos, penthouses, en las cumbres piramidales del Estado, las Naciones Unidas, las trasnacionales, las universidades, los sindicatos, los partidos) se presta para ver todo desde arriba, no para ser visto. La tribu del saber no quiere

saber cuánto le conviene el supuesto saber que legitima sus privilegios. Por eso es de mal gusto que, al discutir el interés universal de la humanidad en el progreso, se discuta nuestro interés particular: el hecho indiscutible de que somos las únicas personas preparadas para entender y dirigir el progreso de las demás.

Pero el progreso no aparece con la cultura del progreso, hoy la cultura dominante en el planeta. Aparece con las bandas nómadas, igualitarias, ociosas, que dejan en la memoria de la humanidad la nostalgia de una Edad de Oro. Les debemos la domesticación del fuego, uno de los mayores progresos de la humanidad, así como la conciencia de su enorme significación, y hasta una de las primeras arrogancias progresistas: los mitos prometeicos. En las culturas tradicionales hay una gran variedad de mitos que celebran la domesticación del fuego como un triunfo de la autonomía humana frente al orden natural y frente a la providencia divina.

La crítica del progreso, que parece reciente, nació en las culturas tradicionales. El castigo de Prometeo (que le roba el fuego a los dioses) y la expulsión del paraíso (por haber comido los frutos del árbol cultivado por el saber: la agricultura) pueden verse como una crítica de la arrogancia prometeica. En vez de atenerse a la providencia divina en el jardín de la naturaleza, donde las tribus nómadas y recolectoras van estirando la mano y cortando toda clase de frutos sin trabajo alguno, Eva descubre en la cocina que las semillas sobrantes pueden germinar; hace experimentos, llega a saber, empieza a domesticar plantas, da a comer de sus frutos a Adán... y acaban en la vida sedentaria, traba-

jando de sol a sol y ganándose el pan con el sudor de su frente.

Esta crítica es universal y se prolonga hasta tiempos recientes. Para los griegos, la primera mujer creada por los dioses (Pandora) inventa la agricultura, y, en su afán de saber, destapa la caja de donde escapa la ambición. Buda predica contra la angustia de la autonomía previsoras ("No guardes comida, ni bebida, ni ropa, ni te angusties"). Cristo ensalza la vida desaparegada, recolectora, de las aves del cielo que "ni siembran, ni cosechan, ni tienen graneros". San Francisco, frente a un progreso mayor (la revolución comercial de la Edad Media), trata de vivir reconciliado con la naturaleza (en vez de explotarla), atenido a la providencia divina y la caridad de los demás. Los *amish*, los *hippies*, los que hoy eligen la simplicidad voluntaria, la agricultura orgánica, la tecnología ligera, prolongan esta crítica frente a la revolución industrial.

Las culturas tradicionales conocían el progreso, pero lo tenían domesticado, como el fuego y los animales, las aguas y los vientos, el barro, la madera, los metales, la artesanía, la navegación. Se pudiera añadir: como el alfabeto, aunque ahí empezó el problema.

La sabiduría tradicional ha consistido en domesticar el progreso: en hacer que sirva a la vida, en vez de arruinarla, en no dejarse arrastrar por sus delirios. Lo hizo con el fuego y la cocina, con la agricultura y el comercio. Pero el alfabeto, por su propia naturaleza (de espejo de la vida), arrastra a la vida especulativa, deslumbra, produce confusiones entre el espejo y la realidad. No es fácil domesticarlo. Adquirió una especie de autonomía que impone sus delirios teó-